

Graus y Ribagorza entre dos siglos: escritos etnográficos de Vicente Castán Gil (1855-1922)¹

JOSÉ DOMINGO DUEÑAS LORENTE²

Tras años de revisión y de estudio, el médico e investigador grausino Venancio Díaz Castán ha dado a las prensas las anotaciones etnográficas y paisajísticas que su bisabuelo, Vicente Castán Gil, redactó a lo largo de casi cuarenta años, entre 1883 y 1922. Tanto el abuelo como la madre de Venancio Díaz habían conservado bajo llave las cuartillas manuscritas de su antepasado. Ahora, transcurrido más de un siglo de la muerte del autor, el farmacéutico y naturalista Vicente Castán, la Universidad de Alcalá incorpora a su colección digital El Jardín de la Voz. Biblioteca de Literatura Oral y Cultura Popular este valiosísimo testimonio bajo el título de *Viejas historias de Graus y Ribagorza. Excursiones pirenaicas (1883-1922)*, un volumen de más de setecientas páginas revisadas y anotadas por Venancio Díaz. El libro va precedido de un prólogo clarificador de la antropóloga Josefina Roma, donde contextualiza el valor etnológico del libro, y de un extenso estudio de José Manuel Pedrosa, en el que pondera convenientemente la aportación de Vicente Castán como etnógrafo.

Confiesa Venancio Díaz que ha retocado ocasionalmente los textos de su bisabuelo con el propósito de aligerar el estilo ampuloso de su antepasado, que reproducía la retórica hinchada de su tiempo incluso en anotaciones de carácter personal. El editor ha tratado de que el lector actual y ajeno a la historia y a las tradiciones ribagorzanas interprete de manera cabal las apreciaciones y referencias del autor, y ello tanto mediante aclaraciones en notas a pie de página como a través de leves modificaciones de los escritos. Con todo, considera Venancio Díaz que en ningún momento se altera el sentido último que Vicente Castán quiso dar a sus páginas. Señala además el editor que la singular labor etnográfica de su bisabuelo matiza en muchos aspectos la “insuficiente y deformada descripción de Graus” que trazó el profesor George J. G. Cheyne en su por otra parte encomiable estudio *Joaquín Costa, el gran desconocido* (1972).

1 Reseña de Vicente Castán Gil, *Viejas historias de Graus y Ribagorza. Excursiones pirenaicas (1883-1922)*, edición de Venancio Díaz Castán y José Manuel Pedrosa, Alcalá de Henares / Morelia, México, Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Alcalá / UDIR-UNAM, 2025, 727 páginas <<https://ebuah.uah.es/dspace/handle/10017/65951>>.

2 Centro de Estudios Joaquín Costa (IEA). jduenas@unizar.es

No cabe duda de que Vicente Castán fue un personaje polifacético y pródigo en matices: farmacéutico premiado en diferentes ocasiones por el éxito de sus fórmulas, pero también por sus vinagres y sus vinos, intelectual próximo a la Institución Libre de Enseñanza, amigo personal de Giner de los Ríos y de Bartolomé Cossío, pionero en la defensa del Pirineo como entorno paisajístico privilegiado, temprano excursionista, etnógrafo vocacional pero intuitivo y solvente. Además de todo ello, fue primo segundo de Joaquín Costa (las madres de ambos eran primas hermanas), y con él convivió tanto en Graus como en Huesca, siendo pupilos ambos de su tío Hilarión Rubio, o en Madrid, donde Costa estudiaba Derecho y Filosofía y Letras a la vez que Castán cursaba Farmacia, los dos alojados bajo la protección de otro pariente común, su tío mosén José Salamero.

Por si todo ello fuera poco, Costa se enamoró de la novia de su primo Vicente, Concepción Casas, a la que conoció en Huesca en 1876, cuando el montisonense frisaba los treinta años y creía llegado el momento de formar una familia. Sostiene Venancio Díaz que Joaquín Costa hizo escala en Huesca camino de San Sebastián, donde iba a ejercer de oficial letrado, para conocer a Concepción (*Conchita*), muy predispuesto ya al enamoramiento tras haber escuchado repetidas veces las arrobadas palabras de Vicente sobre su novia.³ Costa, en efecto, se enamoró de Conchita y anotó en su diario: “Ella en realidad vale mucho, no puede satisfacerle Vicente”.⁴

Poco después, en julio de 1877, lograba la plaza de oficial letrado en Huesca con el propósito de cortejar a la joven; sin embargo, no logró el amor de ella ni el consentimiento de su familia, de manera que a finales de este mismo año Costa solicitó un nuevo traslado para abandonar con urgencia la ciudad. Tiempo después, al enterarse de tales vicisitudes, Vicente Castán entendía el comportamiento de su primo como una completa deslealtad. Tuvieron que transcurrir ocho años tras el conflicto amoroso para que los afectos entre Vicente y Joaquín se restablecieran. En 1889 Vicente Castán contrajo matrimonio con Cándida Zuloaga, hermana del conocido pintor Ignacio Zuloaga. En 1893 se instaló como farmacéutico en Éibar, donde ejerció hasta 1908, año en que se trasladó con su familia a Graus para regentar de nuevo la farmacia Castán. En Graus falleció de modo repentino el 23 de junio de 1922. Y sabemos por Venancio Díaz que Vicente dejó abundantes páginas, todavía inéditas, sobre Joaquín Costa, en las que calificaba aún de traición el comportamiento de su primo al cortejar a Conchita Casas.

Como decíamos, precede a esta edición de *Viejas historias de Graus y Ribagorza* un extenso prólogo del profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Alcalá José Manuel Pedrosa, reconocido experto en literatura de tradición oral y estudios folclóricos. Compara Pedrosa las páginas de Vicente Castán con las aportaciones etnográficas de Walter Benjamin en sus guiones radiofónicos escritos entre 1927 y 1933. En ellos, Benjamin reproducía el habla de las clases populares de Berlín y describía sus usos y costumbres. Con todo, no duda Pedrosa en apuntar que Castán aventaja como etnógrafo a Benjamin por la

3 Venancio Díaz Castán, “Concepción Casas: crónica de un amor disputado”, *Joaquín Costa*, 34 (2022), pp. 37-52.

4 Joaquín Costa, *Memorias* (edición de Juan Carlos Ara Torralba), Zaragoza / Huesca / Teruel, PUZ / IEA / IET / Gobierno de Aragón (Larumbe. Textos Aragoneses, 73), 2011, p. 253.

Vicente Castán Gil

**VIEJAS HISTORIAS DE GRAUS Y RIBAGORZA
EXCURSIONES PIRENAICAS (1883-1922)**

**Edición de Venancio Díaz Castán y
José Manuel Pedrosa**



**El Jardín de la Voz
Biblioteca de Literatura Oral y Cultura Popular**

27

**Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
de la Universidad de Alcalá
UDIR (Unidad de Investigación sobre Representaciones Culturales
y Sociales), UNAM, Morelia**

extensión de sus escritos, la profundidad de sus reflexiones e incluso el estilo de su prosa. Al mismo tiempo, Pedrosa aprecia en Vicente Castán la notoria influencia de Joaquín Costa, aunque juzga que los escritos del farmacéutico son más puramente etnológicos, más respetuosos con las voces y figuras descritas e incluso más merecedores de reconocimiento póstumo que los equivalentes de don Joaquín.

Varios de los capítulos aquí reunidos habían aparecido antes en periódicos y revistas de la época; así, la mayor parte de las “Excursiones pirenaicas”, que se publicaron en quince entregas en la *Revista de Aragón* (1902-1903). Con todo, como ya se ha señalado, el grueso del libro permanecía inédito hasta el momento.

De acuerdo con el autorizado juicio de José Manuel Pedrosa, Vicente Castán anticipó muchos de los procedimientos de la moderna etnografía. Conceptos como “observación participante”, “descripción densa”, “autoetnografía” o “antropología visual”, que empezaron a manejarse mucho después de que Castán redactara sus anotaciones o disparase sus cámaras fotográficas, se vislumbran ya de manera definida en los trabajos reunidos en esta obra. También formulaciones recientes como la etnografía de la conversación y la escucha asoman en ciernes en estas páginas: “Tan alto grado de sensibilidad desarrolló el farmacéutico de Graus hacia la conversación —escribe Pedrosa—, que llegó a convertir sus modalidades en rasero discriminador de, por un lado, el mundo feliz de su infancia y juventud, y, por el otro, el mundo en su opinión decadente de su madurez” (p. 98).

Al mismo tiempo, como no podía ser de otro modo, las anotaciones de Castán ofrecen algunas limitaciones desde la óptica de la actual etnografía como disciplina científica. El autor no se sirve de un método riguroso para la captación de la información, sino que se atiene a sus intereses; tampoco evita algunos juicios sesgados, ciertamente escasos. Pero la carencia más notoria del libro es que el autor dejó incompletos algunos de sus apuntes. Su muerte repentina y prematura a los sesenta y siete años impidió que revisara los textos antes de darlos a la imprenta. Con todo, Pedrosa agradece “los esfuerzos denodados” tanto de Venancio Díaz Castán como de Ángel Gari Lacruz para que los manuscritos hayan salido finalmente a la luz.

Vicente Castán escribe, según confiesa en un principio, para sus sucesores, hijos y nietos que quieran saber pasado el tiempo quién había sido su antepasado. Con este propósito cuenta las circunstancias de su nacimiento, describe la casa donde vino al mundo, relata su primer viaje a Huesca, sus estudios en Madrid; todo ello en fragmentos discontinuos, a modo de mosaico, que oscilan entre la prosa elevada del momento y otra de carácter costumbrista salpicada de expresiones populares.

Castán procura sobre todo ser preciso, dar cuenta con exactitud de lo referido. Busca plasmar con fidelidad los acontecimientos, las costumbres, las figuras y los paisajes mediante datos escuetos. La realidad externa es el objeto que pretende capturar, no su personal percepción de la misma. Así, cuando eleva la mirada desde su Graus natal, escribe: “Al fondo destacan, encrespadas y blancas, las crestas del Pirineo contrastando con el variado colorido de las estribaciones sucesivas. Circundan la población restos de muralla, en la que, según algunos historiadores, el 8 de mayo de 1063 murió el primer rey de Aragón, don Ramiro I” (p. 154). Más adelante apela en ocasiones a un “lector” neutro, un destinatario a quien referir vicisitudes, figuras o escenarios ya inexistentes. Castán estaba convencido, por lo tanto, de que sus escritos

serían con el tiempo difundidos. De ahí el cuidado de la prosa o el detallismo con que aborda el mundo que le ha tocado en suerte. Por ejemplo, cuando se dispone a describir la mojiganga de Graus apunta: “Deseoso de explicar a mis pacientes lectores las costumbres de este pueblo; narrándolas en la forma más sencilla posible, intentaré desgranar el último regocijo que corona las fiestas populares” (p. 172).

El autor describe las fiestas de la localidad, anota las letras de los cantares que se prodigan en las celebraciones, ensalza el comercio de Graus, que abastece a ochenta localidades de la comarca y que se sostiene milagrosamente a pesar de las muchas deudas que contraen los vecinos en los establecimientos, y también retrata a personajes señalados de la villa (un maestro respetado pero autoritario, un sacerdote algo mundano, alpargateros y zapateros conscientes de que ejercen un oficio ciertamente imprescindible o el popular estanquero, siempre sujeto a sus rutinas). Asimismo, destaca la trascendencia de las conversaciones improvisadas en plena calle, las *charradetas*, de manera que nunca se sabe el tiempo que se ha de invertir para llegar al sitio deseado; enumera apodos y dichos de Graus; apunta retazos de la historia de la villa, lo mismo que de Sobrarbe y Ribagorza, o anota la alegría incontenible de la infancia, y así describe, por ejemplo, el ansia con que los niños esperan los bautizos para degustar los dulces que la familia del recién nacido suele repartir. En los diálogos, el autor transcribe a menudo con fidelidad las conversaciones de los naturales del lugar en su lengua vernácula, por lo que el editor ha optado por reproducir en cursiva las expresiones, frases o diálogos que Vicente Castán mantiene en aragonés ribagorzano. De este modo recordaba, por ejemplo, un niño de la localidad el bautizo de uno de sus amigos.

—Mira qui habla. Cuan tú vas nacé, yo estaba en el tuyo bautizo, y por cierto que chillabas com'un tocino mal cenau, y no mos van chitá cosa, y porque gritaban que te morirías, mos van chitá tres cazuelas d'aigua. Ixo que eba pa Navidá. A yo m'en va caé una en l'esquena, y, por querí apartame corrén, le va moltá las narices a la moceta del siño Esangráu, que dimpués me queriba medí las costillas con un tocho. Nusatros le gritaban: Echar, echar, si no el niño reventará, pero qué poco t'as moríu. Amén, Jesús (p. 210)

En la segunda parte de la obra, el autor se muestra más francamente a los lectores, no se oculta tras sus escritos: habla de sus encuentros con antiguas amistades, cuenta anécdotas que le han transmitido sus conocidos, evoca a relevantes personajes que conoció en el pasado, menciona con alguna frecuencia a Joaquín Costa —aunque sin detenerse en la personalidad de su pariente— o narra algunas andanzas de mosén Bruno Fierro (1808-1890), el cura de Saravillo, ya convertido entonces en un personaje legendario en las montañas aragonesas, y también relata anécdotas de otros curas que ejercían en el entorno proclives a la gula y a la avaricia. Ocasionalmente, Castán se queja amargamente de los políticos locales, arremete contra los caciques, denuncia los amaños del poder y se sitúa de forma natural al lado de los sectores populares.

Con prosa contenida pero con exuberancia de detalles, acierta a contar cómo había conocido a Francisco Giner de los Ríos y a Bartolomé Cossío en Comillas, en el tiempo en que ejerció allí de farmacéutico (1877-1879). Don Francisco Giner padeció entonces una grave enfermedad, diagnosticada como cólera, que le llevó a las puertas de la muerte. Vicente Castán

logró que varios amigos médicos de la zona trataran al ilustre pensador y fundador de la Institución Libre de Enseñanza. Castán cuenta que, a pesar de la severidad de su estado, Giner no quiso avisar a ningún sacerdote, algo que sorprendió sobremanera a los lugareños. Finalmente, recuperado de su enfermedad, don Francisco se mostró profundamente agradecido tanto con los médicos que le habían tratado como con el propio Vicente.

Las “Excursiones pirenaicas” revelan la elegancia y el acierto de la pluma de Castán a la hora de describir el paisaje. Pero también en este caso las notas del viaje van acompañadas de anotaciones de carácter histórico, etnográfico, sociológico, etcétera. Y con este bagaje recorre Puente de Montañana, Pont de Suert, Roda, Benasque, Aínsa, Boltaña, Panticosa, Jaca... El libro inserta numerosas fotografías debidas al propio Vicente Castán, así como reproducciones de algunos cuadros de Zuloaga sobre paisajes o motivos grausinos. Con todo, es de justicia encomiar el trabajo del editor y celebrar que finalmente estas páginas hayan salido a la luz.